

TUCUNARÉ

Pablo Arciniegas





Premio de Novela
Germán Espinosa
Sub - 35

©2022, Editorial Ecarabajo S.A.S.
Calle 87 A No. 12 - 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

©Pablo Arciniegas

Novela ganadora del SEGUNDO PREMIO Nacional de Novela Germán
Espinosa SUB 35 Colombia

Colección Narrativa Colombiana Escarabajo “La Tejedora de Coronas”

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova
Editores: Bianca Febbrario Saetta & Eduardo Bechara Navratilova
Diseño de la colección: Escarabajo Editorial SAS & Abisinia Editorial
Diseño de portada: Alejandra Casallas
Diagramación y diseño del interior: Melissa Álvarez Quintero

ISBN: 978-628-7546-21-9

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2022

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o imparcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor o la editorial.

Tucumará

*A la niña Elba Brand
y al profesor y reportero gráfico Héctor Fabio Zamora*

*En el bote iba remando
Por el lago seductor,
Con el sol que era oro puro
Y en el alma más de un sol*

*Y a mis pies vi de repente,
Ofendido del hedor,
Un pez muerto, un pez hediondo
En el bote remador.*

José Martí, Versos sencillos

Capítulo I

Lo más espantoso que he oído en mi vida ha sido un español que conocí a finales de dos mil dieciséis, cuando viajé al Vichada para escribir una crónica sobre pesca deportiva. El tipo tenía una chucha que lo perseguía, y que olía a fosa séptica mezclada con comino. Francamente era muy jodido estar cerca de él y entrevistarlo. Lo bueno es que solo tuvimos que convivir un par de días. En cambio, Paco, un mexicano que también conocí allí, en la selva, llevaba dos semanas viajando a su lado. Habían estado en las islas de San Bernardo, en el golfo de Morrosquillo, y después en Bahía Solano, Chocó. Y según él: la neta que el español jamás tocó el agua, ni del mar, ni del río, ni de la ducha del hotel. Su excusa simplemente era que, de este lado del charco, el agua estaba plagada de bacterias que podían entrarle por la nariz y comérsele el cerebro en menos de una semana.

El español se llamaba Manuel De La Vida. Nació en Alcalá de Henares, lo repitió varias veces durante el viaje. En España se dedicaba a hacer excursiones por el Ebro a zonas que solamente él conocía, donde todavía se pueden atrapar siluros prehistóricos de tres metros y medio. Por esa razón, el Ministerio de Turismo lo había invitado a Colombia, junto a Paco, el mexicano, y otros dos pescadores: un argentino de apellido Polastron, que parecía la versión criolla de Steve Irwin, el cazador de cocodrilos, y Mauricio, un ecuatoriano que vivía en

Estados Unidos desde hace tanto tiempo, que había perdido el acento y ya tenía la barba y el pelo largos como el Jesús de la película de John Krish que pasaban en Semana Santa.

Los cuatro organizaban tures de pesca deportiva, y la idea era llevarlos a las antiguas zonas rojas de los llanos orientales. Zonas que, aisladas del centro del país por más de medio siglo de guerra, se conservaban como verdaderos santuarios. En el Vichada, por ejemplo, el objetivo era que pescaran un tucunaré de por lo menos diecisiete kilos. Una bestialidad, si se tiene en cuenta que normalmente pesa la mitad.

Alejo, el otro patrocinador de la excursión aparte del Ministerio, insistía en ir a un par de lagunas que solo él conocía, y que eran de las últimas que había desocupado la guerrilla. Ahí, a unas horas en bote de Tucunaré Lodge, el complejo turístico que había construido en el Vichada, el río estaba tan vivo que a las mujeres indígenas les daba miedo lavar la ropa en la orilla porque en cualquier momento algo podía salir de las profundidades del agua y arrancarles los dedos de las manos. Eso presumía.

Nuestros pescadores se darían por bien servidos si se cumplía esa terrible publicidad y volvían de allá cargando un tucunaré entre sus brazos como a un bebé pesado, verde y baboso, de ojos anaranjados. Y para dicha del Ministerio de Turismo, y de Alejo, repetirían la experiencia el próximo año con sus clientes: turistas de todas las nacionalidades que producían más de diez millones de dólares al año en el mercado de la pesca deportiva. Este era un negocio que no se quería perder la Colombia que acababa de firmar la paz y de salir de la lista roja del Departamento de Estado gringo, incluso tras perder el Plebiscito.

Supuestamente, yo tenía que escribir una crónica sobre todo eso, sobre la pesca deportiva en el río y también sobre sus siete modalidades oficiales, sobre las moscas que los pescadores cuidaban dentro de cajas como huevos Fabergé, sobre las cañas de fibra de carbono, los sedales de nylon irrompibles, los proyectos ecoturísticos en la amazorinoquia colombiana, sin perder jamás,

¡jamás de los jamases!, el enfoque. ¿Cuál era el enfoque? Lo olvidé el mismo día en que salía de viaje, apenas me desperté y vi en la pantalla de mi celular que eran las siete de la mañana y faltaban quince minutos para que despegara el vuelo con rumbo a Puerto Inírida, donde una lancha nos llevaría hasta lo más hondo de las selvas del Vichada.

Llegué a El Dorado a perder el tiempo. El vuelo estaba cerrado, me lo dijo el encargado de la aerolínea que hacía el check-in. ¿Pero ya arrancó?, le pregunté. No. ¿Y qué se puede hacer? Nada, está cerrado. Pero no estoy pidiendo que el avión eche reversa. Lo lamentamos, pero está cerrado. Cerrado, cerrado, cerrado. Estuve enfrascado en la misma discusión hasta que se me ocurrió sacar el carné del periódico donde trabajaba, y le dije: hermano, tengo que subirme a ese avión como sea o no voy a poder escribir una crónica sobre pesca deportiva en el Vichada para la próxima semana, y cuentan con eso para abrir la sección de turismo del próximo domingo. Señor, está cerrado.

Agh, a la mierda, el tipo este parecía una tapia. Me fui a preguntar por otro lado, a ver si había vuelos para más tarde o al menos para el día siguiente. Pero solo una aerolínea iba hasta Inírida, y era la de mi pasaje. ¿Cuándo sale el próximo vuelo? (regresé a donde la pared humana). En dos días, me respondió. ¿Cuánto vale? Seiscientos treinta dos mil pesos. No joda, era la mitad de mi sueldo como redactor de noticias. Salí del aeropuerto con ganas de coger a patadas las canecas y a los mocosos hiperactivos que se les soltaban a sus papás de las manos.

Preferí estirarle el brazo a un taxi. Al Terminal del Salitre, por favor. Mientras andábamos aproveché para llamar a Sandro al celular. Sandro era el contacto del Ministerio de Turismo con el que se había programado la excursión. A esa hora, muy seguramente, ya estaba subido en el avión con los pescadores y con Fili, el fotógrafo que había enviado el periódico. Sandro contestó, lo que quería decir que todavía no habían despegado, y que por capricho el tipo del check-in no me había dejado subir.

Mi hermano, me dejó el avión... No, no me sonó la alarma... Los de la aerolínea tampoco me dejaron subir... Sí, son unas ratas completas... Pues, estoy yendo al terminal y pienso coger una flota... (por el retrovisor, noté que el taxista escuchaba atento mi lado de la conversación) ¿Cómo que no se puede?... ¿Y entonces?... ¿Que me vaya para Villavo?... ¿Allá hacen escala?... Pues sí, ya pregunto. Colgué. Señor, que si usted me puede llevar hasta Villavicencio antes de la una. El taxista miró el reloj del radio: ocho y cuarenta a.m. Uy, chino, estamos muy, pero muy apenas. Le voy por doscientos. Y si nos para la Policía, usted responde porque no tengo planilla. Fresco, le dije, y nos enrutamos por la avenida Boyacá hacia el sur para salir de Bogotá.

No recuerdo el nombre del taxista, pero para efectos de esta historia le voy a poner Édgar, o más bien, San Édgar, quien estaba muy desesperado como para aceptar el viaje y salvarme el culo. Pues bueno, San Édgar era un as del volante que había pasado la mitad de su vida manejando mula de Villavicencio a Bogotá antes de comprarse un taxi. Eso me dijo pasadas las nueve, después de que habíamos parado para que yo sacara plata en un cajero y llegáramos a Yomasa, donde todavía existen humedales, tinguas y guatines. De ahí en adelante, calculaba el taxista, nos faltaban tres horas de carretera, sin paradas a orinar y adelantando en curvas. Ok, le dije.

¿Quiere musiquita?, me preguntó. Sí, claro. Puso una memoria MP3 que tenía guardada en la guantera, con toda la discografía de Los Embajadores Vallenatos. Es lo único que le funciona a este aparato, explicó.

Aparte del *Santo Cachón* y *Se le moja la canoa*, no conocía ninguna de las otras doscientas cincuenta canciones que escuché, y volví a escuchar, mientras bajábamos por la vía al Llano, una carretera que conecta Bogotá con Villavicencio, y que la mayor parte del tiempo bordea un barranco poblado de matas y flores que arrojan ese olorcito a vegetales hervidos de tierra caliente.

Sandro me llamó tan pronto salí del último túnel de los cuatro que conté en la carretera. Me dijo que hacía rato habían aterrizado, que estaban terminando de

almorzar llanera y volvían al aeropuerto. Me preguntó que por dónde iba. La verdad no sé, le dije. ¿Por dónde vamos?, le pregunté a San Édgar, sin colgar. Dígale que en veinte minutos estamos en Villavo. En la pantalla de la radio marcaban las doce y cuarenta y cinco. El avión volvía a despegar a la una.

Los últimos kilómetros de la vía al Llano fueron homicidas. San Édgar pasaba rozando flotas, camiones y mulas, y yo tenía la imagen de que en cualquier momento nos iban a estrellar de frente y que se nos iban a salir los ojos del golpe. Pero así llegué a Villavo y al aeropuerto Vanguardia, con el corazón por fuera del pecho, quince minutos sobre la una.

Me bajé y le pagué a San Édgar lo que quedamos: doscientos mil pesos. No alcancé a decirle que era un ángel, corrí buscando a Sandro, a los pescadores, a Fili. No los veía. No contestaban el celular. ¿Ya habían despegado? ¿Otra vez me había dejado el avión? ¿Había perdido las doscientas lucas y, aparte, me iba a quedar varado en Villavo?

Fui hasta la ventanilla de la aerolínea, la única que iba hasta Inírida. Buenas tardes, necesito abordar el vuelo a Puerto Inírida de la una, le dije a la encargada del check-in. Lo siento señor, está cerrado. ¿Cerrado, en serio? Sí, señor. ¿Cerrado, cerrado, cerrado? Sí señor. Jueputa. Pero justo antes de que una de las venas de mi sien estallara pareció reconocerme. Ahhh, usted es el periodista. Sí, sí, yo soy el periodista. Venga, venga por aquí, que ya van a despegar, el muchacho del Ministerio nos rogó para que lo esperáramos, dijo, y me llevó escoltado hasta una puerta que quedaba detrás de la bodega del equipaje, hacía la pista. Ahí, el McDonnell Douglas DC-10 calentaba los motores.

Subí al avión con una sensación de ser alguien importante, alguien con el poder suficiente como para retrasar un vuelo nacional. Pasé de mendigo a príncipe en un solo día y en una misma aerolínea. Sandro estaba sentado en el fondo del avión, lo reconocí por su mechón natural de pelo gris, un mechón como el que tiene Hernán Hernández, el bajista de Los Tigres del Norte. Junto a él estaba Fili. Aliviado, me senté con el morral sobre las piernas y aspiré hondo.

Aspiré hondo, pero mis pulmones no se llenaron de calma, sino de un aire contaminado y corrupto. Olía como si alguien hubiera dejado podrir la leche materna de un tetero hasta volverse cuajada. Pero no era eso; era el olor del español que estaba dos asientos detrás mío, solo que yo no lo sabía. Y no me iba a enterar porque se encendió la lucecita naranja de abrocharse los cinturones.